



# Los extraños trabajos de Paulino y Eusebio

*eloy b.d.*



**Los extraños  
trabajos  
de  
PAULINO y  
EUSEBIO**

*por Eloy B.D.*

## ÍNDICE

1. LA BATERÍA.....4
2. EL BANCO.....22
3. EN EL RESTAURANTE.....35
4. EL CONCURSO.....49
5. EL PLAN.....63

## La batería

¿Cómo os describiría a Paulino Cachivache? Sé bien que, al verlo por primera vez, cualquiera podría llevarse la impresión de que se trata de uno de esos jóvenes desocupados que piensan solo en divertirse, que se preocupan demasiado por su aspecto físico y su atuendo, y creen que todas las personas mayores de veinte años están equivocadas. Pero yo lo conozco bien y puedo aseguraros que esa impresión es un ejemplo más de que las apariencias engañan.

Yo diría que, para empezar a conocer cómo es en realidad Paulino Cachivache, hay que fijarse primero en su mejor amigo, Eusebio Quelonio. Sobre todo, me interesa que comprendáis lo fiel que es el bueno de Eusebio. Se arrojaría de cabeza a un pozo si Paulino se tirara antes que él. De hecho, y ahora que lo pienso, eso fue precisamente lo que Paulino hizo una vez; que sí, como os lo cuento, se tiró a un pozo y Eusebio lo siguió sin pensárselo dos veces. Cuando ambos lograron salir del fondo del pozo, chorreando y entumecidos, Eusebio le preguntó a Paulino por qué había cometido una locura semejante. Este le contestó con total naturalidad que solo pretendía averiguar si podía o no contar con un amigo que nunca lo abandonase.

Ah, sí, otra cosa que debo contaros es que por culpa de Eusebio recibió Paulino lo que este último denominó “*un golpe del destino*”. Os explico el por qué. Eusebio se presentó en casa de Paulino un viernes por la tarde con dos entradas para asistir al concierto de *Los Estómagos Revueltos*, el

grupo de rock más *cañero* y alucinante del mundo mundial, en palabras del propio Paulino. Él y Eusebio presenciaron aquel concierto desde la primera fila, muy cerca de Denis “*la Morsa*” Martín, el virtuoso batería del grupo, quien parecía tener motores injertados en sus dedos, así de rápido golpeaba con sus baquetas los tambores, las cajas y los platillos. En el momento culminante de la actuación, el batería golpeó tan fuerte uno de los platillos que la baqueta se le escapó de las manos y salió volando por los aires en dirección al público, girando y girando como si fuera el célebre hueso de la película 2001: Una odisea del espacio. El caprichoso palito fue a caer justo sobre la cabeza de Paulino. El pobre tuvo que conformarse con escuchar el final del concierto desde la enfermería del auditorio, mientras le cerraban la herida con puntos y se la vendaban aparatosamente.

Al día siguiente, mientras Eusebio le juraba una y otra vez que su cabeza había sonado exactamente igual que un tambor de hojalata, Paulino no dejaba de flipar con la firma que Denis *la Foca* Martín había estampado en su camiseta, después de pedirle perdón por el lamentable accidente.

—¡Qué tío más enrollado!, ¿no te parece?

—Supongo —contestó Eusebio con aire distraído, mientras escribía con un rotulador la palabra “FRÁGIL” sobre la venda de su amigo.

—Lo que yo te diga, Eusebio —continuó Paulino—. No hay nada más enrollado que ser baterista de un grupo de rock. Esta tarde iré a comprarme una, y aprenderé a tocarla en el garaje de mi casa. Esa baqueta no me golpeó por casualidad, te lo aseguro. Fue un golpe del destino (nota del

escritor: lo mismo que os había dicho ya antes).

—¿Tú? Ja, ya quisiera verlo —se burló Eusebio, que ahora se mostraba un poco envidiosillo por no haber sido el elegido por la baqueta de *la Morsa*—. Pero si eres incapaz de aplaudir dos veces seguidas sin perder el ritmo. Además, ayer mismo me decías que lo más enrollado que hay es ser jugador profesional de videojuegos.

Paulino se tapó los oídos con los dedos y empezó a tararear su canción favorita de *Los Estómagos Revueltos*. Eso no impidió que Eusebio abriese la aplicación de notas de su móvil para recordarle a Paulino sus propias palabras.

—La semana pasada dijiste, lo tengo registrado aquí, que ser mascota de un equipo de la NBA era el trabajo más excitante del mundo; y hace un mes me aseguraste que pagarías por trabajar en una fábrica rellenando cajas con tus bombones favoritos.

Cuando vio que Eusebio dejaba de parlotear, Paulino se sacó los dedos de los oídos y le dijo:

—Deja de echarme en cara cosas que no le importan a nadie y dale un uso más provechoso a ese ladrillo que tienes por teléfono. Busca en internet una tienda de instrumentos musicales que nos pille cerca.

La más cercana resultó ser un establecimiento llamado “La banda de Thorpe”, propiedad del señor Olegario Thorpe. Cuando el dueño de la tienda musical vio entrar a los dos jóvenes, supo al instante que su caja registradora no iba a recibir ninguna alegría. El señor Thorpe tenía un ojo clínico para distinguir a los clientes que criaban telarañas en sus bolsillos. Por eso no se extrañó demasiado con la respuesta que le dio Paulino cuando le informó del precio de la batería

molona expuesta en el escaparate de la tienda.

—¿Qué? ¿En serio cuesta tanto? Entonces no tengo ni para pagar los platillos —se quejó en voz alta Paulino.

Eusebio abrió la aplicación calculadora de su móvil.

—Con la paga semanal que te da tu padre, tendrás el dinero suficiente dentro de cinco años —certificó con la fría seguridad de un contable eficiente.

Al señor Thorpe se le encendió entonces una lucecita en su cabeza con forma de cereza. Su mujer no dejaba de repetirle que debía contratar a vendedores jóvenes que «conectaran» mejor que él con la clientela juvenil que frecuentaba «La banda de Thorpe». La señora Thorpe le sugirió la idea a su marido después de verle activar la alarma antirrobo cuando entraron en la tienda un grupo de jóvenes melenudos con chaquetas de cuero negras, botas militares del mismo color, muñequeras con pinchos metálicos y camisetas con dibujos satánicos. El señor Thorpe se llevó un tremendo chasco cuando se aclaró que eran los componentes de un grupo de *heavy metal*, los cuales tenían la intención (desechada lógicamente tras aquel desagradable incidente) de gastarse mucho dinero en la tienda renovando todos sus instrumentos musicales. Examinando de arriba abajo a Paulino y a Eusebio, el señor Thorpe llegó a la conclusión de que parecían lo suficientemente descerebrados para entenderse bien con la nueva fauna que entraba últimamente en la tienda. No obstante, cuando abrió la boca para ofrecerles que trabajasen en la tienda y pudiesen así reunir el dinero que les faltaba para pagar la batería, una vocecita en su interior le dijo que no era una decisión muy acertada.

Tras un tira y afloja en las negociaciones, Paulino y Eusebio acabaron aceptando todas y cada una de las condiciones impuestas por el señor Thorpe. Era el primer contrato de trabajo que iban a firmar en su vida, pero se sentían como dos importantes hombres de negocios.

Una semana después de empezar a trabajar en la tienda, el señor Thorpe tuvo que salir un par de horas para resolver un papeleo que tenía pendiente en el Ayuntamiento, y dejó a sus dos nuevos dependientes a cargo del negocio.

—Es muy probable que mientras yo esté fuera se pase por aquí la señorita Cecilia Moraleja para recoger el clarinete que dejó encargado hace un mes. Ella es clarinetista de la Orquesta Sinfónica Provincial. Ayer la llamé para decirle que ya había llegado el instrumento. Lo he dejado en mi oficina, en la estantería que hay junto a mi mesa. ¿Me estáis escuchando?

—Somos todo oídos —le aseguró Paulino con rotundidad, aunque lo cierto era que en esos momentos su cerebro estaba ocupado en imaginarse lo que haría con los millones que iba a ganar cuando fuese tan famoso como Denis “*la Morsa*” Martin. Paulino era un poco como Walter Mitty. Por su parte, Eusebio asintió con la cabeza, pero su atención estaba más pendiente del teléfono que ocultaba tras el mostrador que de otra cosa. Después de múltiples intentos, estaba a punto de pasar uno de los niveles más difíciles de su juego favorito.

Ajeno a estas circunstancias, el propietario de la tienda continuó dando instrucciones a sus peculiares empleados.

—Me alegro, porque lo que voy a deciros es muy importante. En la estantería hay dos estuches, con un



clarinete cada uno. El de la señorita Cecilia es el que está en el estuche de color verde. No se os ocurra darle el clarinete del estuche amarillo. ¿Entendido?

—Claro como el agua, señor Thorpe —respondió Eusebio sin ningún remordimiento.

—Perfecto —dijo Olegario Thorpe con seriedad—, porque la señorita Cecilia es una concertista muy especial, y me ha costado mucho trabajo encontrar el único clarinete que ella puede tocar. En fin, ahora que ya estáis advertidos me largo.

—Que le vaya bien, señor Thorpe —le deseó distraídamente Paulino.



Cecilia Moraleja entró en “La banda de Thorpe” preguntándose si no se habría equivocado de establecimiento. La clarinetista estaba acostumbrada a que la tienda fuese un remanso de paz, con música clásica sonando de fondo a un volumen agradable para el oído, mientras el tranquilo y educado propietario resolvía crucigramas tras el mostrador. Nada que ver con la escena que estaba teniendo lugar en aquella ocasión. Un joven al que no había visto nunca por la tienda tocaba la batería estruendosamente y con una absoluta falta de sentido del ritmo, al tiempo que movía todo su cuerpo como si estuviera sufriendo un ataque epiléptico. Un segundo tipo, tanto o más desagradable que el anterior a ojos de Cecilia, cantaba desafinadamente una melodía chirriante y carente de armonía.

Después de esperar en vano que los dos alocados dependientes se percatasen de su presencia, Cecilia reclamó en voz alta:

—¡Disculpen! ¿Podrían dejar de armar escándalo por un momento y atenderme, por favor?

De nada le sirvió repetir su súplica varias veces, elevando el tono de voz hasta terminar desgañitándose. Aquellos individuos eran realmente incompetentes e insoportables. Indignada, la clarinetista se acercó a Paulino y lo zarandó agarrándole por un hombro. Justo en ese instante, Paulino daba por concluido su número con un redoble de tambor y una sucesión de golpes de platillos capaces de aturdir a un sordo. Cinco minutos después, aún persistía en los tímpanos de la señorita Cecilia un molesto y estridente pitido que le impedía oír bien. A gritos, le explicó a Paulino quién era y lo que quería.

—Eusebio, haz el favor de traer el clarinete de la señorita Cecilia. Yo buscaré su factura mientras tanto.

—¿De qué clarinete hablas, si puede saberse? —preguntó Eusebio, como si fuera la primera vez en su vida que oía hablar del tema.

—¿Será posible tanto despiste? —se exasperó Paulino—. ¿Cuál clarinete va a ser? El que está en el estuche de color amarillo, en la oficina del jefe. El señor Thorpe nos lo dejó bien claro.

Para aquellos lectores que no tengan muy buena memoria, les recordaré que el clarinete para la señorita Cecilia Moraleja no estaba en el estuche amarillo, sino en el de color verde. Pero en fin, como diría el propio Paulino Cachivache semanas después de estos acontecimientos, todo

## Gracias por visitar este Libro Electrónico

Puedes leer la versión completa de este libro electrónico en diferentes formatos:

- HTML(Gratis / Disponible a todos los usuarios)
- PDF / TXT(Disponible a miembros V.I.P. Los miembros con una membresía básica pueden acceder hasta 5 libros electrónicos en formato PDF/TXT durante el mes.)
- Epub y Mobipocket (Exclusivos para miembros V.I.P.)

Para descargar este libro completo, tan solo seleccione el formato deseado, abajo:

